

Cuba 2007**

Mester gárrulo,
cófrade del viento
que canta en el plumón del día,
hilas un pasadizo,
un laberinto de rápidas pupilas
que abren paso a almanaques
inciertos con oráculos de piedras,
a un coloquio de ciegos espejos.
Eres una fecha,
una flecha viva que
atraviesa la garganta del día.
Avanzas por una calle ancha
como pudiera hacerlo entre madroños
una culebra miope bajo un sol tierno.
En esta mañana fresca de un verano
que aún bosteza,
hace apenas 48 horas
que amaneció el mes de junio.
En la impronta del día
en que los horarios ahora duermen,
avanzas entre una galería de estatuas y
el asomo de una sonrisa
quiere rajarte apenas la cara.
Como un vencedor
romano avanzas.
Tu corazón bate en un
tibio rescoldo de cenizas,
como una maraca, piensas,
como en una terca calabaza
con semillas secas dentro.
Fluyes entre un río de sombras
que logran desgajarse del dosel
de las ramas más altas del Paseo Martí.
En un recodo alledaño
al barrio de La Habana Vieja caminas,
vas rumbo al mar,
a donde van todos los hombres
que llevan sobre los hombros
el golpe de un destino de marismas.
Cualquiera puede creer que a esta hora
te ha salido al paso la chàchara del “cultivo una
rosa blanca”, pero después aliteras
el pródigo recuerdo: ila vaina,

qué maracas, estoy en La Habana, aé!.
De un golpe cae a tu memoria que

Hay pueblos tristes como en todas partes,
Pero el cubano tiene una madera
Oscuramente alegre, una fuente de sol,
Un surtidor de agua.
Escándalo y ternura al mismo tiempo,
Vocifera, se llena, se derrama.
y que esto quisiste decir
hace un día desde ayer,
(a los poetas que aún pronomban
la poesía en Cuba,
el son moreno de Guillén,
ay, Pausides, Morejón, Aitana
Alberti),
ese poema escrito en una
vieja versión vital del 65' del nuevo
recuento de poemas del mexicano Sábines,
una memoria ubicua quizá en recuerdo
de una revolución que comenzó
hace tiempos a mitad del siglo 20,
y que aún no acaba,
que ahora el guajiro esconde prolehetairo
como una sonaja más íntima,
como a la última rosa huraña que no canta.

Antonio Leal. La Habana-Chetumal, QROO, México. 27 de julio del 2007.* Poema inédito del nuevo volumen titulado El asunto Dreyfus.

¡Thalassa!

(Traducción de Luz Gomes)*

*Chegarás primeiro às sereias
que encantam a quantos homens vão a seu encontro.
Homero*

Como um rebanho de ondas saltitam
na brancura desta página.
Procuram o vaivém das horas mais

núbeis das três da manhã.
Costumam esconder-se no vestíbulo
do silêncio e ninguém as vislumbra.

Dormem ermas contigo, ainda que nunca
serão tuas. Ao cenário sempre
levam o mesmo papel desde antanho

no poema, que é onde envelhecem,
sem morrer.
Pode-se-lhes invocar nas portas

do sonho, memorando nomes antigos
de náufragos infaustos que planeiam
entre escombros, os que procuram um naco

infalível, algum breve cascalho
de salitre, o ansiado madeirame
de um barco perdido entre a pujança

marítima, sacudindo inúteis
garrafas vazias que hoje repetem
desde a ponta deste lápis: "rilke",

"rilke", "rilke", "rilke", canto agoirento
das sereias quando assim fustigam
sobre os homens o venal desejo.

Mais além dos párpados sem sonho,
das horas dulcíssimas de um mar
adentro, quando plangem as marihas

valvas todo refluxo sob a água,
distante, desde exânimes areias,
ó, tu, primeira das Afligidas,

na espiga das ondas cantavas,
e o teu desejo estava no sal
vivo dos nossos íntimos desejos.

Thalassa!, dizias: encrespa a onda
e bate ao vento abrindo ternos rebentos
na rosa náutica. Faz ao dia

mais lúgubre, com ele dulcifica o ar
das ramas altas que aninham pássaros.
Ao solaz, "no mar em acalma e plana",

ao paio da alma, é canto inaudito
que repetem impunemente valvas
olvidadas. Sonho inútil que sobe

ao coração do naufrago em lua
rala. É o mais antigo sabor
que tem a sede de salobres águas,

um lenço de vento no que foge
espantada de si a distância.
Thalassa!, enferruja toda a vereda

segredo da chuva, desatando
em vasto mar errante, ondas glaucas.
Como batido de águas zarcas, brune

com seu feitiço todas as nostalgias.
Thalassa!,
é um vento de areia escondido

na camisa de todo poeta,
a mulher do silêncio, só ossos
onde plangem possuídas sereias.

Vede-as agora brincar insones
sob o asa mais profunda do dia.
Nessa hora quando o alcatraz

com seu negro *grafiti* contorna o céu.
Escuta o que traz a mullente
espuma. Tu és agora Ulisses

que regressa à sua Ítaca depois
de ter amado as castas sereias.
O nascido de ventre que ouviu,

sem morrer, o canto de Aglaofeme,
a da voz bela; a Aglaope,
de rosto formoso, e a Imeropa, mãe

partenia em culpa por desejo de todos.
Escuta atento à branca Leucosia,
a Ligia, a gritadora. Olha grácil

essa "atroz escama de Melusina"
Sobretudo, finge ouvir a música
da venerável Molpe, e guarda

viva a lembrança da pureza
de Partenope, a sutil lascívia
de Pisinoe vencendo ao amante.

Aceita grato o que tenha Redne,
e a Teles toma-a por mulher perfeita.
Como um baptismo assume as palavras

da calma que é pródiga em Telxiepia.
Persuade-te de Telxiope, e volta
à aberta memória dos homens.
©Antonio Leal. Do livro inédito: Thalassa

Sirenum scopulli*

Cantarán las sirenas en aquellos lugares que
fueron consagrados al deleite.
Isaías

Yo sé que estás ahí, en el cloqueo
del agua que se engolfa en los estuarios,
en el dorso mojado de una ola,

en la vaina de su espumada cresta
que vuelca al pecho de la ociosa arena,
en la caravana de aciagas valvas

y sordas botellas desperdigadas
en la febril molicie de las playas,
en la habitual deshora en que orillan

maltrechos a las costas atavíos
de descuadernados barcos que oleán
como mugre de inútiles naufragios.

Estás ahí, varada en la nostalgia,
anclada en la sal de las estatuas,
como una vaharada de recuerdos

que aquí recalán en el mar del alma,
exacta en la zozobra de esta tabla
que aún guarda tu memoria intacta.

Yo sé que estás ahí, en este oleaje
de palabras que yo aprendí en la infancia.
Yo sé que estás allí, en la maraña

de las sombras que atajan el sendero
donde crecen los árboles del sueño.
Tus raíces ahijan en el viento,

se fijan en la piel de los recuerdos
como abrojos en las grietas del tiempo.
Y tú estás allí, entre vivos fuegos

malvas, añiles vacuos, encendidos
ocres, oros pajizos y sanguinas,
entre acúmulos laqueados igual

que escamas. A veces eres un barco
flotando en el inmenso azul caribe,
un rostro, algún lagarto, un alacrán,

un perro tizado, un unicornio,
una ballena muerta entre la arena
que tiene en su lomo un ancla vieja,

un cofre que atesora los bestiarios
donde hay un ave con alas abiertas
y cara virgen de hermosa sirena.

Y sé que estás allí, un poco adrede,
hundida como un pecio en los confines
de una nube, comarcana a los sitios

en donde apersoga la luna recia
el lascado rebrillo de sus naves
cuando se desliza en sus andurriales.

¿Fata Morgana?, ¿Rusalka o Liban?,
¿Murgen?, ¿Lorelei?, ¿Sigelind?, ¿Derketo?,
¿cuál es el nombre que tendrás mañana?

¿Quiénes otros con fama de poetas
dirán que pasaron frente a las costas
de Sirenum Scopulli, sin verlas?.

©ANTONIO LEAL, 2 DE MAYO DEL 2007.

Chetumal, 24 de marzo del 2007.* Del libro inédito Thalassa...

¡Thalassa!*

Llegarás primero a las sirenas
que encantan a cuantos hombres van a su encuentro.
Homero

Como un rebaño de olas cabritean
en la blancura de esta página.
Buscan el vaivén de las horas más

núbiles de las tres de la mañana.
Suelen esconderse en el vestíbulo
del silencio y nadie las vislumbra.

Duermen yermas contigo, aunque nunca
serán tuyas. Al escenario siempre
llevan el mismo papel desde antaño

en el poema, que es donde envejecen,
sin morir.

Se les puede invocar en las puertas

del sueño, memorando antiguos nombres
de náufragos infaustos que playean
entre escombros, quienes buscan un trozo

infalible, algún breve cascajo
de salitre, el ansiado maderamen
de un barco perdido entre la pujanza

marítima, sacudiendo inútiles
botellas vacías que hoy repiten
desde la punta de este lápiz: “rilke”,

“rilke”, “rilke”, “rilke”, canto augural
de las sirenas cuando así fustigan
sobre los hombres el venal deseo.

Más allá de los párpados sin sueño,
de las horas dulcísimas de un mar
adentro, cuando plañen las marinas

valvas todo reflujo bajo el agua,
distante, desde exánimes arenas,
oh, tú, primera de las Afligidas,

en la espiga de las olas cantabas,
y tu deseo estaba en la sal
viva de nuestros íntimos deseos.

¡Thalassa!, decías: encrespa la ola
y bate al viento abriendo tiernos brotes
en la rosa náutica. Hace al día

más lóbrego, con él endulza el aire
de las ramas altas que anidan pájaros.
Al solaz, “ en la mar en calma y llana”,

al paio el alma, es canto inaudito
que repiten impunemente valvas
olvidadas. Sueño inútil que sube

al corazón del náufrago en luna
rala. Es el más antiguo sabor
que tiene la sed de salobres aguas,

un pañuelo de viento en el que huye
espantada de sí la lejanía.
¡Thalassa!, herrumbra todo sendero

secreto de la lluvia, desatando
en vasto mar errátil olas glaucas.
Como latido de aguas zarcas, bruñe

con su hechizo todas las nostalgias.
¡Thalassa!,
es un viento de arena escondido

en la camisa de todo poeta,
la hembra del silencio, sólo huesos
donde plañen ingravidas sirenas.

Vedlas ahora retozar insomnes
bajo el ala más profunda del día.
En esa hora cuando el alcatraz

con su negro graffiti comba el cielo.
Escucha lo que trae la mullente
espuma. Tú eres ahora Ulises

que retorna a su Ítaca después
de haber amado a las castas sirenas.
El nacido de vientre que ha oído,

sin morir, el canto de Aglaófeme,
la de la voz bella; a Agláope,
de rostro hermoso, y a Imeropa, madre

partenia en culpa por deseo de todos.
Escucha atento a la blanca Leucosia,
a Ligia, la chillona. Mira grácil

esa “atroz escama de Melusina“.
Sobre todo, finge oír la música
de la veneranda Molpe, y guarda

vivo el recuerdo de la doncellez
de Parténope, la sutil lascivia
de Pisínoe venciendo al amante.

Acepta grato lo que tenga Redne,
y a Teles toma por mujer perfecta.
Como un bautismo asume las palabras

de la calma que es pródiga en Telxiepia.
Persuádete de Telxíope, y vuelve
a la abierta memoria de los hombres.

©Antonio Leal. Primer texto del libro inédito Thalassa de próxima publicación en México.